

LP 16/7/58 p. 13 599

Braque, Matisse, Rouault, Chirico

por Sebastián Salazar Bondy

Entre los cubistas hay que destacar a Georges Braque —compañero y émulo de Picasso—, un francés que ama el rigor y el equilibrio ("Amo la regla que corrige la emoción", escribió), cuya obra se caracteriza por una hondura expresiva intensa y una sobriedad de medios extraordinaria. Su pintura, de tonos austeros, no desdeña el uso, junto a los colores, de papeles, arena y otras materias insólitas, a las que nunca da un empleo meramente escandaloso.

El "fauvismo" (fierismo) tiene en Henri Matisse su más alto representante. Francés también, busca la novedad en la vigencia, sobre todo, del color, que no aplica a formas y figuras reales de acuerdo al modelo, sino en función de su fuerza cromática. Se trata de acordes colorísticos, de contrastes y combinaciones admirables, debajo de los cuales está un dibujo sintético y firme, suave y ondulado. No tuvo la fuerza de un Van Gogh, pero fue como su continuador, como su cauda lírica.

Georges Rouault, parisiense, aunque vinculado al expresionismo, permanece solitario. Su obra es religiosa, mística, y nace de los vitrales medioevales. El dibujo es macizo, grueso, másculo, y encima de él, el color se impone con un brillo majestuoso. Sus Cristos son piezas maestras del arte católico de nuestro tiempo, tanto por la fe en que se inspiran cuanto por la energía con que llegan al espectador.

Otro artista al margen de las escuelas es el italiano Giorgio de

Chirico, de pincel firme y eficaz, quien se propone, poniendo en la tela formas concretas situadas en lejanías extrañas, responder a los enigmas metafísicos. En realidad, con un admirable color, un dibujo claro, una composición armoniosa, Chirico logra dar un ambiente poético a sus cuadros, que parecen escenarios de un sueño brillante. Aunque últimamente haya renegado de sus primeros cuadros, para dedicarse a un arte manido, la obra de este italiano quedará como una de las más singulares de nuestro tiempo.